

La Guerra Contra la Lujuria

“Pero yo os digo que cualquiera que mira una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mat.5:28). Estas son palabras radicales y aun los ciudadanos del reino deben luchar por no resistirlas a ellas. Su severo sondeo del corazón trae dolor cuando el Hijo de Dios toca los nervios abiertos de nuestras enfermedades morales. Jesús, habiendo tratado con el problema del odio y la malicia, ahora se dirige al problema de la lujuria. Los Fariseos habían ciertamente tratado con el asunto del adulterio, pero sólo superficialmente. Su preocupación fue evitar las ofensas capitales (Lev.20:10; Deut.22:22). Uno puede casi oír la forma en que decían, “Tú no debieras *cometer* adulterio” (Éxodo 20:14). Jesús, en cambio, sigue el pecado del adulterio a su guarida (Mat.15:19). Como el odio en el corazón es un asesinato, así la lujuria desenfrenada en el corazón es un adulterio.

Este principio no fue una oscura parte del pacto Mosaico. El décimo mandamiento claramente decía, “... no codiciarás la mujer de tu prójimo” (Éxodo 20:17). Pablo, mientras que era un extraño al evangelio, y un Fariseo, había sido severamente impactado por este mandamiento (Rom.7:7) aun Job, un hombre quien aparentemente vivió antes que la ley de Moisés fuera dada, entendió esta verdad ética “Hice pacto con mis ojos” dijo él, “¿Cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?” (Job 31:1).

Aunque alguna aplicación extendida pudiera ser hecha de este pasaje al deseo carnal no restringido que alguna persona soltera pudiera albergar por alguien similarmente sin restricciones, el uso que Jesús da a la palabra “adulterio” deja claro que Su interés presente tiene que ver con el deseo ilícito que viola el mismo espíritu del pacto matrimonial (2 Cor.11:2-3) La preocupación del Señor en toda esta sección es con nuestro deber de amar al prójimo. Ninguna persona casada puede hacer justicia a su compañero (a) mientras se entrega al deseo desenfrenado por otra persona. Aunque todavía un asunto mental es llamado por lo que es —pecado.

El Señor no está tratando aquí con el mero paso pasajero momentáneo del deseo a través de la mente; de lo contrario, no habría ninguna distinción entre tentación y pecado. (No deberíamos estar en contra de la sugerencia que el deseo de la carne pudo haber tenido su acercamiento a la mente de nuestro Señor mientras Él permanecía sin pecado, Heb.4:15) Las palabras, “mira a una mujer para codiciarla”, nos ayuda a entender la naturaleza exacta de la transgresión. No se trata de un pensamiento fugaz sino de una reunión de imágenes en la mente de uno con el propósito de lujuria. El texto Griego describe a una persona que dirige sus pensamientos o concentra su mente a una cosa; en este caso, la lujuria por una mujer (o un hombre). Obviamente, no observamos todo en lo que miramos. El ojo mira un vasto panorama y luego deja a la mente enfocarse en su atención. El pecado de David no consistió en *ver* a Bestabé desvestida sino en

codiciarla, estableciendo su mente y finalmente desatar su lujuria desenfrenada sobre ella (2 Sam.11:2-5). David quiso tener la oportunidad para poseer a Betsabé y la encontró. Su quebrantamiento de Éxodo 20:17 no habría sido menor si aquella oportunidad nunca se le hubiere presentado.

Aunque la palabra Inglesa “lujuria” ciertamente denota insinuaciones sensuales del verbo Griego (*epithumeo*), puede carecer del pensamiento asistente de posesión que está inherente en la palabra (Guelich, *The Sermon on the Mount*, p.194). El pecado que está siendo descrito por Jesús, es la cultivación calculada del deseo por poseer a una (o) con quien no tienes derecho. Si de este pecado se quiere escapar, el mismo primer acercamiento de tales pensamientos deben ser decididamente rechazados, antes que puedan tomar posesión de la mente y la voluntad. En el lenguaje de un antiguo proverbio: “Tú no puedes evitar que los pájaros vuelen sobre tu cabeza, pero puedes evitar que construyan un nido sobre ella”. Si encontramos difícil distinguir entre tentación y el pecado en este caso es mucho más sabio errar por el lado de la precaución que errar por el lado de la imprudencia.

La guerra de los ciudadanos del reino contra la lujuria en estos tiempos está destinada a ser severa y de una dura batalla. No vamos a escapar fácilmente de la lasciva, la fornicación y el adulterio que han descendido sobre esta generación. Que ningún discípulo presuma (1 Cor.10:12). No hay restricciones en la sociedad que podamos aprender. Nuestra fortaleza y defensa debe descansar totalmente sobre nuestra propia profunda e inquebrantable voluntad de mantenernos puros por la Causa del Señor. En el análisis final, es aquí donde el tema de nuestra fidelidad en el reino siempre ha sido decidida. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón: Porque de él mana la vida” (Prov.4:23).